



NOTAS SOBRE CULTURA NACIONAL

Ecós de un concurso de poesía

Escribe: CARLOS ARTURO CAPARROSO

El concurso de poesía para adjudicar el premio "Guillermo Valencia" (\$ 10.000.00), iniciado en 1963 para galardonar el mejor libro de poemas, a juicio de un jurado nombrado por la Academia Colombiana de la Lengua, es uno de los otros significativos aportes con que la industria privada contribuye felizmente al impulso de la cultura en Colombia. Uno más, pues otros hay muy importantes en este sentido. Premio de novela, edición de libros y revistas, ciclo de conciertos, grabación para la distribución gratuita de discos de música nacional, exposiciones de pintura y escultura, filmación de documentales cinematográficos, becas de estudio, etc., son los otros aportes señalados de aquella industria, dignos de toda clase de encomios y de reconocimiento.

Como es suficientemente conocido del público, el "Premio de poesía Guillermo Valencia" ha sido creado por la Compañía Colombiana de Seguros. Y continuará en vigencia para el presente año de 1964, lo que constituye una de las mejores noticias para nuestros poetas.

Alto honor fue para mí intervenir, como miembro del jurado que designó la Academia, en asocio del maestro Rafael Maya y del doctor Rafael Torres Quintero, para estudiar y calificar las obras enviadas al concurso, y que fueron las publicadas entre el primero de enero y el 31 de octubre de 1963. Obras que ascendieron al número de 38 y en donde hallaron representación poetas de varias generaciones.

El jurado propuso para el premio la obra "Morada al Sur", de Aurelio Arturo, unánimemente. En la escogencia intervinieron varias consideraciones que, en el acta que al efecto se redactó, se relacionaron sumaria y concretamente. Acta dada a la publicidad oportunamente.

Como consecuencia de esa determinación, el premio fue entregado, en sesión solemne de la Academia, al poeta galardonado, en las primeras horas de la noche del 2 de diciembre de 1963, con asistencia de un selecto público que al acto concurrió. Allí se pronunciaron palabras alusivas al certamen, se

leyó el acta del jurado y el académico don Carlos López Narváez, por indicación del poeta premiado, ofreció la lectura de algunos poemas de "Morada al sur".

El otorgamiento de ese premio fue recibido con general beneplácito por los letrados del país. Diversos críticos y comentaristas, exaltaron los méritos poéticos de Aurelio Arturo, ya desde antes tenido como uno de los valores más destacados de las últimas promociones líricas colombianas, por las bellezas expresivas y de inspiración que enseñorean su producción y por su perenne y discreta, consciente y decorosa consagración a su noble labor poética.

* * *

No es mi propósito, en esta glosa sencillamente informativa, intentar el análisis crítico de la poesía de Aurelio Arturo. Ello supondría un desarrollo más detenido del presente fraseo, lo que me llevaría más allá de los límites de su objeto.

Arturo es, sin lugar a dudas, uno de nuestros más significativos líricos. Con lo que nada nuevo se está afirmando. Su breve obra realizada a lo largo de varios años, con un estricto y ponderado sentido de responsabilidad, apretada y quintaesenciada, sin fáciles concesiones de capilla, pide algo más que un enjuiciamiento circunstancial. Otra será la ocasión de hacerlo. Baste, pues, por el momento, esta parva acotación sobre uno de los sucesos literarios más señalados que en la vida cultural colombiana se han ofrecido últimamente, y de tan promisorios augurios.

Y baste también, por el momento, la indicación sobre Arturo. In-

dicación que nada, ciertamente, viene a añadir al alto justiprecio que de su lirismo se tiene.

Como, una ratificación, por otra parte, de las seguras calidades de ese lirismo, vino a ser en definitiva el fallo de la Academia Colombiana de la Lengua, por intermedio del jurado escogido, cuando declaró otorgado el "Premio de Poesía Guillermo Valencia" al libro de poemas "Morada al Sur".

* * *

Colombia, gusta repetirse con bastante insistencia, es tierra de poetas. Aserción que importa tomar con las debidas precauciones. Y con los deslindes necesarios a fin de no dejarse llevar muy lejos en el camino de las frases hechas, de aquellas expresiones de relumbrón que suelen hacer fortuna y que, a la postre, como monedas de mucha circulación, concluyen por perder su nitidez y desgastarse.

Tierra de poetas, tal vez, en el sentido de dar a entender así que han sido muchísimos los poetas y versificadores, mayores, medianos, pequeños y mínimos que ha tenido Colombia. Y por este aspecto, aceptada la frase.

Tierra de poetas, por otro lado, si con tal denominación se predica que Colombia ha sido, en América, un país de altísimos poetas, no muy abundantes desde luego, pero suficientes a mantener un prestigio indiscutible. Entonces sí, tierra de poetas. Tierra en cuyo espacio literario la poesía, más concretamente la lírica, ha ocupado un sector muy apreciable junto al de otras manifestaciones de su literatura.

Por lo que se puede afirmar, sin lugar a equivocarse, que en esta vía existe ya una tradición respetable y comprometedora. Que importa, con miras al mantenimiento de una posición enhiesta, tratar de defender y conservar, como símbolo y muestra de la vida espiritual de una nación que no quiere ni debe resignarse a que todo en ella sea pura creación de acontecimientos de orden material.

De aquí la importancia que viene a asumir la constitución de un premio destinado a promover una manifestación tan egregia de las letras nacionales. De tanta raigambre en su peculiar manera de reaccionar en los estadios de la cultura. De tanta validez en la formación de la fisonomía de lo colombiano.

Bogotá y diciembre de 1963.